

REFRACCION LINGÜÍSTICA MATERIALISTA
REVISTA SOBRE

**Práctica lingüística y producción económica: una aproximación crítica a los
planteos de Rossi-Landi y de Bourdieu**

Linguistic practice and economic production: a critical approach to the ideas of Rossi-Landi
and Bourdieu

Luciano Competella

UNS / Instituto Superior J. C. Avanza

lcompetella@yahoo.com.ar

Resumen

En este artículo, realizamos un análisis de dos contribuciones que se inscriben en una de las vías ensayadas por el marxismo para abordar la cuestión del lenguaje: la analogía/homología entre práctica lingüística y producción económica. Luego de una revisión del planteo saussureano respecto del valor lingüístico, nos centramos en los desarrollos teóricos de Ferruccio Rossi-Landi y de Pierre Bourdieu, para establecer finalmente una comparación entre ellos.

Palabras clave

Práctica lingüística, producción económica, mercado lingüístico.

Abstract

In this article, we carry out an analysis of two contributions that are part of one of the ways tried by Marxism to address the question of language: the analogy/homology between linguistic practice and economic production. After reviewing the Saussurean approach regarding linguistic value, we focus on the theoretical developments of Ferruccio Rossi-Landi and Pierre Bourdieu, to finally establish a comparison between them.

Keywords

Linguistic practice, economic production, linguistic market.

1. Introducción

En 1965, el semiólogo italiano Ferruccio Rossi-Landi¹ publicó un ensayo titulado “El lenguaje como trabajo y como mercado”. Lo que el título del artículo permite anticipar –la comparación entre la práctica lingüística y la producción de mercancías en el seno del modo de producción capitalista- es todavía más intenso: en rigor, Rossi-Landi elabora un paralelismo del orden de la homología. Esta indagación parece totalmente esperable para un autor marxista; se trata de pensar el lugar específico del lenguaje en la totalidad social conceptualizada por Marx, basada en la relación dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción que motoriza la transformación de una formación social en otra, sustentada en un nuevo modo de producción. A diferencia de la propuesta de Valentín Volóshinov (2009), que situó la problemática del lenguaje en el campo específico (y todavía inexplorado) de la Ideología, Rossi-Landi pensó la cuestión en estricta relación con la producción, circulación y consumo de mercancías en el modo de producción capitalista. Casi dos décadas más tarde, en 1982, el sociólogo francés Pierre Bourdieu (2008) desarrolló su teoría del mercado lingüístico, sin remitirla textualmente a la de Rossi-Landi. Allí nuevamente resuena, aunque con alcances disímiles, la analogía/homología entre producción lingüística y producción económica.

En este artículo, efectuamos un análisis crítico de la teoría de Rossi-Landi y nos desplazamos desde allí al planteo de Pierre Bourdieu sobre el mercado lingüístico, a fin de establecer similitudes y diferencias entre ambos posicionamientos. Nos interesa, en particular, revisar una de las vías que ensayó la lingüística materialista para abordar el lenguaje desde una mirada marxista: la vía de la analogía/homología entre producción lingüística y producción económica. Antes de comenzar con el análisis de la teoría de Rossi-Landi, nos detenemos brevemente en lo que creemos es el punto inicial y “externo” de la analogía/homología: el planteo de Ferdinand de Saussure en el *Curso de Lingüística General* (1916) en torno del concepto de valor lingüístico.

2. Rossi-Landi y la productividad de la homología

Como dijimos, la inquisición en torno de la relación entre producción económica y lenguaje resulta esperable en un pensador marxista; sin embargo, la referencia ineludible con la cual Rossi-Landi dialoga críticamente es el propio Ferdinand de Saussure, quien en su famoso *Curso*

de *Lingüística General* de 1916 realiza afirmaciones no por poco desarrolladas menos sugerentes respecto de esta cuestión². Veamos el siguiente fragmento:

“Pocos lingüistas se dan cuenta de que la intervención del factor tiempo es capaz de crear a la lingüística dificultades particulares y de que coloca a su ciencia ante dos rutas absolutamente divergentes. La mayoría de las otras ciencias ignoran esta dualidad radical; el tiempo no produce en ellas efectos particulares. (...)”

Por el contrario, la dualidad de que venimos hablando se impone ya imperiosamente a las ciencias económicas. Aquí, en oposición a lo que ocurre en los casos precedentes, la economía política y la historia económica constituyen dos disciplinas netamente separadas en el seno de una misma ciencia; las obras aparecidas recientemente sobre estas materias acentúan la distinción. Procediendo así se obedece, sin darse uno cuenta cabal, a una necesidad interior: pues bien, es una necesidad muy semejante la que nos obliga a escindir la lingüística en dos partes, cada una con su principio propio. Y es que aquí, como en economía política, estamos ante la noción de valor; en las dos ciencias se trata de un *sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes*: en una un trabajo y un salario, en la otra, un significado y un significante”. (Saussure, 2007 [1916]: 161-162; subrayado original).

En este pasaje, Saussure traza una comparación entre dos ciencias, la lingüística y la economía, en tanto disciplinas que operan con valores, definidos como “sistema[s] de equivalencias entre cosas de órdenes diferentes.”³ De acuerdo con la analogía saussureana, el trabajo queda así asociado al significado y el salario al significante. El efecto de la analogía es claro: ¿es la lengua, como sistema de signos relacionados entre sí diferencialmente, comparable con la producción económica, y en particular, con el trabajo necesario para producir mercancías? ¿Es el signo lingüístico semejante a una mercancía, en este caso, la fuerza de trabajo? Saussure parece trazar la analogía en el plano puramente epistemológico, es decir, en el que relaciona una ciencia, la lingüística, con otra, la economía. Rossi-Landi, como veremos, hizo una lectura en el plano científico, o sea, en el que relaciona un objeto, el signo (y la lengua), con otro, el trabajo (y la retribución).

Sigamos un poco más con Saussure. El lingüista suizo define el valor lingüístico en su delicada pero nítida distinción respecto de la significación. Mientras que esta última refiere a la relación entre significado y significante en el interior de un signo lingüístico, el primero alude a la relación

diferencial entre un signo y otro en el marco del sistema semiológico de la lengua. Saussure observa esta distinción en la totalidad de los valores, no solo en los lingüísticos:

“Los valores están siempre constituidos:

1º por una cosa *desemejante* susceptible de ser *trocada* por otra cuyo valor está por determinar;

2º por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquella cuyo valor está por ver.”

Estos dos factores son necesarios para la existencia de un valor. Así, para determinar lo que vale una moneda de cinco francos hay que saber: 1º que se la puede trocar por una cantidad determinada de una cosa diferente, por ejemplo, de pan; 2º que se la puede comparar con un valor similar del mismo sistema, por ejemplo, una moneda de un franco, o con una moneda de otro sistema (un dólar, etc.). Del mismo modo una palabra puede trocarse por algo desemejante: una idea; además, puede compararse con otra cosa de la misma naturaleza: otra palabra. Su valor, pues, no estará fijado mientras nos limitemos a consignar que se puede “trocar” por tal o cual concepto, es decir, que tiene tal o cual significación; hace falta además compararla con los valores similares, con las otras palabras que se le pueden oponer. Su contenido no está verdaderamente determinado más que por el concurso de lo que existe fuera de ella. Como la palabra forma parte de un sistema, está revestida, no sólo de una significación, sino también, y sobre todo, de un valor, lo cual es cosa muy diferente.”(Saussure, 2007 [1916]: 240-241, subrayado original).

Este pasaje del *Curso* es fundamental. Para Saussure, el concepto de valor es todavía más importante que el de significación (y, por lo tanto, que el de signo). El significado de una palabra está determinado por su valor, es decir, por “el concurso de lo que existe fuera de ella”. Lejos de caer en una tesis referencialista del significado, según la cual a una palabra le corresponde una cosa en el mundo real, la teoría saussureana es profundamente formal y, sobre todo, relacional. “Valor” equivale, entonces, a “relación”.

La teoría de Saussure es el fondo contra el cual se recorta la reflexión de Rossi-Landi en *El lenguaje como trabajo y como mercado*. Sin embargo, su punto de partida no es el valor sino uno todavía más general, más constitutivo, que señala ausente en la teorización del lingüista suizo: el trabajo. El semiólogo italiano parte de la conceptualización del lenguaje como *trabajo humano lingüístico*, es decir, pone a este objeto “al mismo nivel del trabajo ‘manipulativo’ o ‘transformativo’ con el que se producen los objetos físicos” (Rossi-Landi, 1970 [1968]: 12). Para

Rossi-Landi, el hombre produce “lo social” y se produce a sí mismo (según la clásica distinción hegeliana) en los actos inescindibles de trabajar y hablar. La analogía estricta entre trabajo y lenguaje en el modo de producción capitalista tiene como efecto inmediato la consideración de “las palabras, las expresiones y los mensajes” como mercancías que circulan en un mercado, al que se asocia el concepto de comunidad lingüística. Este es el desarrollo que despliega Rossi-Landi en su ensayo.

Como teórico materialista, busca anclarse en el único texto de Marx y Engels sobre el lenguaje, la *Ideología Alemana*. Del pasaje en el que los padres fundadores del materialismo histórico se refieren al lenguaje como la “conciencia práctica” que surge de la necesidad de intercambio entre los hombres (Marx y Engels, 1974: 31) extrae el concepto de “necesidad comunicativa”, que luego va a describir a partir de las acciones de expresarse, remarcar, connotar, informar, referir, calificar, ordenar, rogar, razonar, etc. Como puede observarse, y a diferencia del planteo de Saussure, la teorización de Rossi-Landi se sitúa en el campo del funcionalismo lingüístico, ya que el lenguaje se presenta como un “instrumento” cuya forma está orientada a satisfacer una necesidad comunicativa.

Recordemos que esa misma lectura de *La ideología alemana* está presente en el filósofo marxista polaco A. Schaff, con el que Michel Pêcheux rompe lanzas en *Las Verdades Evidentes* (2016 [1975]). En efecto, Pêcheux advierte algunas “evidencias” que están presentes en esa interpretación:

- Hay *cosas* (“objetos” y “procesos materiales”) y *personas*, sujetos dotados de la intención de comunicar (“nosotros” comunicamos “por medio de...”);
- Hay objetos que devienen *signos*, es decir que remiten a otros objetos por el “proceso social de la semiosis” (Pêcheux, 2016 [1975]: 36; subrayado original).

Para el filósofo francés, esa lectura trafica una concepción empirista de la realidad (“hay cosas y personas”), una visión idealista y liberal del sujeto (“sujetos dotados de la intención de comunicar”), una concepción instrumentalista del lenguaje (“por medio de...”) y una teoría referencialista del significado (“objetos que remiten a otros objetos”). Pêcheux reconoce que esta interpretación del texto marxista es “al menos posible”, pero siguiendo la línea althusseriana considera que *El Capital*, obra posterior a *La Ideología Alemana*, encarna una ruptura

epistemológica en el pensamiento de Marx. Encontramos así una tensión constitutiva en el campo marxista: aquella que opone posiciones funcionalistas a posiciones estructuralistas.

Evidentemente, Rossi-Landi adhiere a una concepción instrumentalista del lenguaje al poner en un mismo nivel los enunciados con los utensilios, ambos productos del hombre. Veremos, sin embargo, que su teoría del significado es más compleja que el mero referencialismo.

Entonces, ¿cuál es su crítica a la teoría saussureana? Dejémoslo hablar a él mismo:

“El trabajo lingüístico socialmente entendido debe pues recordarnos la *parole* del Saussure oficial y, en general, los actos lingüísticos concretos individuales de los que tanto hablan los lingüistas, sólo en la medida en que la *parole* y los actos lingüísticos se oponen a la *langue* como producto. Más bien, el trabajo lingüístico está de parte del *langage* en cuanto se opone ya sea a la *parole* porque es algo colectivo antes que individual, ya sea a la *langue* porque es trabajo antes que producto. Al hacer del *langage* la mera unidad de *langue* y *parole*, se nos obstruye el estudio de las técnicas colectivas y comunitarias del lenguaje. A la división bipartita entre lengua y habla debemos substituir una división tripartita: el trabajo lingüístico (colectivo) produce la lengua (colectiva) sobre la cual y con la cual se ejercita el habla de los individuos, cuyos productos afluyen en el mismo depósito colectivo del que se habían sacado los materiales e instrumentos.”
(Rossi-Landi, 1970 [1968]: 18; subrayado original)

A diferencia de Saussure, que rechaza el estudio del lenguaje por considerarlo demasiado complejo para ser abordado sistemáticamente, Rossi-Landi lo toma como punto de partida de su concepción lingüística. Para él, es precisamente la categoría de trabajo la que está ausente en el planteo del lingüista suizo, pese a la sugerente analogía que traza entre la lingüística y la economía (y entre los valores lingüísticos y los valores económicos). Rossi-Landi propone entonces una división tripartita del objeto lingüístico en el que la lengua aparece como el producto de un trabajo específico, el trabajo humano lingüístico, sobre el cual se apoya el ejercicio individual, es decir, el habla. Así, el semiólogo italiano reconceptualiza la clásica dicotomía saussureana en una tricotomía, reponiendo a su vez un aspecto que estaba decididamente recluso en la teoría saussureana: la agentividad del hablante, es decir, su capacidad de incidir en la conformación de ese “depósito colectivo” del que a su vez extrae los materiales e instrumentos (nuevamente la concepción instrumentalista) para la comunicación.

Como puede verse, el pensamiento de Rossi-Landi, a diferencia del de Saussure, es profundamente dialéctico.

Ahora bien: desplegada la concepción materialista del lenguaje ¿cómo se traza la homología entre producción económica y lenguaje? Para el semiólogo italiano, la lengua se define como “el *capital constante* de cualquier elaboración lingüística ulterior, o sea de toda expresión y comunicación” (Rossi-Landi, 1970 [1968]: 30; subrayado original). Recordemos que Marx, en *El Capital*, menciona como capital constante a aquella porción del capital constituida por los medios de producción (materias primas e instrumentos del trabajo) que transfiere una cantidad fija de valor a la mercancía. Siguiendo este razonamiento, los préstamos, transferencias e importaciones léxicas (nótese ya el registro económico de estos conceptos de la lingüística del contacto) incrementan el capital lingüístico constante, así como la caída en desuso de ciertos términos lo disminuye. A este tipo de capital, plantea Rossi-Landi, debe agregársele un capital lingüístico variable, constituido por la “fuerza operativa lingüística” suministrada por los hombres y mujeres que hablan y entienden esa lengua en la que se expresan y comunican. Tengamos en cuenta, también, que para Marx el capital variable es el costo incurrido en la contratación de fuerza de trabajo, que varía en tanto el trabajador aporta a la mercancía una mayor cantidad de valor que el que le es retribuido en concepto de salario. Desde esta perspectiva, el aumento o la disminución de hablantes de una lengua determinada (provocadas, respectivamente y a modo de ejemplo, por la enseñanza de una lengua extranjera y por una catástrofe que merme una población específica) puede entenderse como un aumento o disminución del capital lingüístico variable que interviene en la comunicación. De esta conceptualización se desprende que el valor total de una mercancía lingüística (para Rossi-Landi, “palabras, expresiones o mensajes”) se realiza en el intercambio entre hablantes que ocurre en un mercado lingüístico; de ahí que este último concepto sustituya a la noción tradicional de comunidad lingüística.

La homología prosigue su marcha. Como cualquier mercancía no lingüística, una mercancía lingüística posee, además de un valor de uso (es decir, su medida de satisfacción de una determinada necesidad) un valor de cambio. Dice Rossi-Landi (1970 [1968]: 34-35):

“En una primera aproximación: en el caso de las palabras y expresiones, el valor de intercambio se buscará en las relaciones recíprocas en que aquéllas entran dentro de la lengua de la que forman

parte; en el caso de los mensajes, el mismo se buscará en su transmisión y recepción en el ámbito de una comunidad lingüística, o sea en su circulación dentro de un mercado lingüístico que ellos mismos constituyen”.

Como podemos ver, el valor de cambio de palabras y expresiones corresponde al concepto de valor que sostiene Saussure en el *Curso de Lingüística General*; el valor de una palabra se define por la relación que entabla con otras en el seno del sistema semiológico que es la lengua. Asimismo, el valor de cambio de los mensajes (categoría lingüística no contemplada por el lingüista suizo) se fija en el proceso de su circulación en el marco de un mercado lingüístico determinado. La distinción entre valor de uso y valor de cambio lingüísticos determina la división del trabajo humano lingüístico en dos tipos: respectivamente, un trabajo específico y concreto que produce objetos con determinadas características en función de las necesidades que están destinados a satisfacer y un trabajo lingüístico abstracto, entendido como actividad productiva genérica e indiferenciada.

La problemática del valor lingüístico está estrechamente vinculada, igual que en Saussure, con el problema de la significación. Si bien Rossi-Landi no despliega una teoría del significado, encontramos algunos indicios de su posición en sus reflexiones sobre la producción de la palabra. La relación entre significado y significante o *semantización* es entendida como un trabajo lingüístico que da origen a una mercancía-palabra en la cual el significado constituye el valor de uso y el significante el valor de intercambio. El semiólogo italiano se escapa del mero referencialismo y se sitúa en una posición profundamente materialista, en la cual la producción económica y el lenguaje quedan homologados bajo la perspectiva integral de un hombre que produce utensilios y palabras.

En el último apartado de *El lenguaje como trabajo y como mercado*, Rossi-Landi reflexiona en torno de una cuestión que ha estado latente en su esquema homológico de la producción lingüística. Si la lengua es un capital constante, ¿hay propiedad privada lingüística? La respuesta es positiva, siempre y cuando se considere la lengua como un bien público social sobre el cual un grupo privilegiado realiza, en determinado momento, una apropiación privada. Rossi-Landi no ofrece mayores precisiones al respecto, pero su reflexión en el sentido de una propiedad privada lingüística completa el esquema homológico de la producción lingüística que elabora paso a paso en el ensayo al que hemos dedicado estas páginas.

La presentación sintética que acabamos de hacer amerita algunas consideraciones. Hemos destacado ya que, a diferencia de Volóshinov, que aborda el problema del lenguaje desde el punto de vista de la Ideología, Rossi-Landi lo hace desde la óptica de la producción económica. Su planteo es absolutamente radical: la producción lingüística funciona de manera homóloga a la producción económica, en tanto se toma como punto de partida la unidad del hombre que produce y que habla. Lo más llamativo del caso resulta ser que su reflexión se recorta sobre la base de una lectura precisa del *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure, que tiene como punto central el reconocimiento del valor como categoría medular del planteo de este último. La crítica a Saussure es también notable: el lingüista suizo oblitera una noción de trabajo lingüístico. Sin duda la posición estructuralista del ginebrino está basada en una teoría no ricardiano-marxista del valor. A su vez, la disquisición de Rossi-Landi se inscribe en el funcionalismo y el instrumentalismo lingüísticos, según los cuales el lenguaje se presenta como una herramienta orientada a satisfacer las necesidades expresivas y comunicativas de los individuos. El semiólogo italiano se basa para esto en cierta lectura de la *Ideología Alemana*, pero el núcleo de su teoría tiene como referencia la crítica de la economía política desplegada por Marx en *El Capital*. A diferencia de Althusser y Pêcheux, no hay ruptura sino continuidad entre el llamado “joven Marx” y el “Marx maduro”. La homología entre producción económica y producción lingüística se centra, precisamente, en las distinciones marxianas entre capital constante y capital variable, por un lado, y entre valor de uso y valor de cambio, por el otro. Por último, es posible advertir en Rossi-Landi el esbozo de una teoría materialista de la significación, que escapa al mero referencialismo. Todos estos elementos definen una aproximación marxista consecuente y hasta radical a la problemática del lenguaje. La gran apuesta retórica del semiólogo italiano, la homología, se presenta como un recurso extremadamente productivo para la teorización marxista respecto de la cuestión lingüística.

3. Pierre Bourdieu: el mercado lingüístico

Aunque menos radical que el planteo de Rossi-Landi, la reflexión del sociólogo francés Pierre Bourdieu⁴ en su ensayo “Economía de los intercambios lingüísticos”, que data de 1980, se orienta también hacia la analogía entre producción económica y lenguaje. El punto de partida es aquí la crítica de la concepción según la cual la lengua es un bien que se encuentra uniformemente

repartido en la sociedad, a diferencia de los bienes económicos. Bourdieu toma tres enunciados que reproducen esa “ilusión de comunismo lingüístico”:

“Al contrario de las riquezas que entrañan una posesión simultánea sin sufrir ninguna alteración, el lenguaje instituye de forma natural una comunidad en la que todos, al disponer libremente del tesoro universal, cooperan espontáneamente en su conservación”. (A. Comte, cit. en Bourdieu, 2008 [1982]: 19)

“[La lengua] es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa”. (F. de Saussure, 2007 [1916]: 63)

“La teoría lingüística tiene por objeto fundamentalmente a un locutor-receptor ideal, inserto en una comunidad lingüística totalmente homogénea, que conoce perfectamente su lengua y al margen de efectos gramaticalmente no pertinentes, tales como malas pasadas de la memoria, distracciones, faltas de atención o de interés o errores en la aplicación de su conocimiento de la lengua en el acto de habla.” (N. Chomsky, cit. en Bourdieu, 2008 [1982]: 20)

Como puede verse, Saussure comparte con Comte la metáfora que conceptualiza la lengua como un “tesoro” colectivo, del que todos los hablantes disponen en igual medida. El punto de partida de Chomsky, perteneciente a su clásico libro *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, de 1965, es la postulación de un “locutor-receptor ideal, inserto en una comunidad lingüística totalmente homogénea” y que tiene un conocimiento perfecto de su lengua, esto es, su concepto de competencia lingüística como la capacidad que tiene el hablante de producir infinitas oraciones a partir de un conjunto finito de elementos. A estas posiciones idealistas, Bourdieu opondrá una concepción netamente materialista, atenta a las condiciones económicas y sociales en las que se produce la competencia lingüística y al mercado lingüístico que le asigna valor a dicha competencia, convertida en capital lingüístico.

Para el sociólogo francés, la lengua saussureana posee, de hecho, todas las propiedades comúnmente reconocidas de la *lengua oficial*, es decir, de la lengua vinculada con la autoridad política que se ejerce sobre un territorio. La constitución de un Estado y de un mercado lingüístico unificado en el que domina la lengua oficial son procesos paralelos. En el mercado lingüístico, la lengua oficial, aquella que es usada en los intercambios institucionales, funciona

como norma teórica de todas las prácticas lingüísticas, fijando los usos correctos y sancionando los usos considerados “incorrectos”, que están asociados, por ejemplo, a los dialectos. A diferencia de Saussure, que privilegia el aspecto sincrónico de la lengua y no se pregunta específicamente por sus condiciones de formación, Bourdieu historiza la conformación de la lengua oficial a partir del caso francés. En este sentido, destaca específicamente el rol que tuvo la Revolución Francesa en la entronización del dialecto de Île-de-France como lengua oficial y nacional del estado francés, motivada por la intención de consolidar los cambios ideológicos que se habían producido con el proceso revolucionario. En esa entronización, los hablantes de la lengua oficial, identificados con la burguesía, se convirtieron en legítimos aspirantes a ejercer funciones en el campo político.⁵ Asimismo, Bourdieu plantea que el sistema escolar cumple una función decisiva en el proceso que conduce a la elaboración, legitimación e imposición de una lengua oficial: es la escuela la que tiene la potestad de educar en el uso de formas lingüísticas consideradas “correctas” y sancionar las formas tenidas como “incorrectas”, incluyendo nuevamente la represión del habla en dialectos que no se corresponden con la lengua oficial.

Ahora bien ¿cómo se define el mercado lingüístico? ¿Cómo funciona en Bourdieu la analogía entre producción económica y lenguaje? Un pasaje del texto nos da la pista:

“La constitución de un mercado crea las condiciones de una rivalidad objetiva en y por la cual la competencia legítima puede funcionar como capital lingüístico que produce, en cada intercambio social, un *beneficio de distinción*. Por el hecho de depender de la *excepcionalidad* de los productos (y de las competencias correspondientes), ese beneficio no corresponde exclusivamente al coste de formación.” (Bourdieu, 2008 [1982]: 35; subrayado original).

De acuerdo con este fragmento, la competencia legítima, es decir, el conocimiento de la lengua oficial o estándar, opera en el mercado lingüístico como un capital lingüístico que está en permanente disputa, ya que produce, en cada intercambio lingüístico, un beneficio de distinción. Más que los productos lingüísticos, a Bourdieu le interesa la competencia de la lengua legítima, que posee un *coste de formación* y un *beneficio de distinción*. Por coste de formación, Bourdieu se refiere a la función que cumple el sistema escolar; los años de duración de un ciclo escolar son los años que insume la formación de la competencia legítima. Por beneficio de distinción, alude a aquel beneficio que se distribuye en función de las oportunidades de adquisición de la competencia legítima, esto es, en función de la posición que ocupamos en la estructura social.

Como podemos ver, la analogía entre producción económica y lenguaje en Bourdieu tiene dos ejes: la *competencia lingüística* (devenida capital lingüístico) y el *mercado lingüístico* (el campo específico en el que se da la lucha por ese capital en tanto representa un beneficio de distinción para el que lo posea). Podemos asociar dicho beneficio con la ganancia que obtiene el “capitalista lingüístico” a través del intercambio de sus productos en el mercado lingüístico y también considerar el coste de formación de la competencia como el trabajo necesario para producirla, es decir, su valor. Sin embargo, el valor total de la competencia legítima se define no solo por el coste de formación sino también por el beneficio de distinción, que solo se realiza en el intercambio de los productos lingüísticos.

Como se desprende del breve recorrido que hemos hecho, el planteo materialista de Bourdieu se sostiene sobre una crítica al idealismo imperante en las teorizaciones de Saussure y Chomsky. En particular, rechaza de manera contundente los supuestos económicos de la posición saussureana:

“Estamos muy lejos, a pesar de las apariencias, del modelo saussureano del *homo linguisticus* que, como el sujeto económico de la tradición walrasiana, es formalmente libre de sus producciones verbales (...) pero que no puede ser comprendido, intercambiar información o comunicar si no se adecua a las reglas del código común. Ese mercado, que sólo conoce la competencia pura y perfecta entre agentes tan intercambiables como los productos que intercambian y las “situaciones” en las que los intercambian, y todos idénticamente sometidos al principio de la maximización del rendimiento informativo (como al principio de la maximización de las utilidades), está tan lejos (...) del mercado lingüístico real como el mercado “puro” lo está del mercado económico real, con sus monopolios y oligopolios.” (Bourdieu, 2008 [1982]: 36-37; subrayado original)

Bourdieu infiere en la concepción saussureana una noción idealista de mercado lingüístico, en la que los agentes tienen un conocimiento perfecto y uniformemente distribuido de la lengua y esperan en sus intercambios maximizar los beneficios informativos. Para el sociólogo francés, los agentes que se enfrentan en el mercado lingüístico poseen, en cambio, competencias disímiles (esto es, distintos grados de conocimiento de la lengua legítima), que se traducen en cantidades variables de capital lingüístico. Esto hace que el mercado lingüístico se configure como un terreno de disputa, en el que logran imponerse aquellos agentes que poseen un capital capaz de ser retribuido bajo la forma específica de un beneficio de distinción.

En su conceptualización del mercado lingüístico, Bourdieu no descuida, sin embargo, el plano de los discursos concretos:

“Los discursos sólo reciben su valor (y su sentido) en relación con un *mercado*, caracterizado por una ley de formación de precios específica: el valor del discurso depende de la relación de fuerzas que se establece concretamente entre las competencias lingüísticas de los locutores, entendidas a la vez como capacidad de apropiación y de apreciación o, en otros términos, de la capacidad que poseen los diferentes agentes que participan en el intercambio lingüístico para imponer los criterios de apreciación más favorables a sus productos.” (Bourdieu, 2008 [1982]: 50; subrayado original)

En este fragmento, el sociólogo francés adhiere a una teoría relacional del significado, según la cual éste se configura en el marco de la misma situación de intercambio. Se corre así de una mirada referencialista y adopta una posición relacional. El valor de un discurso es consecuencia de la rivalidad que se produce entre las diversas competencias lingüísticas que se enfrentan en el mercado lingüístico, rivalidad que tiene por objetivo la imposición de un criterio de fijación de precios favorable para el agente que triunfe en la disputa. En definitiva, cada actor busca que su producto lingüístico reciba una mayor valorización, para así percibir el tan ansiado beneficio de distinción. En síntesis, Bourdieu se suma a la trayectoria que piensa el significado de los discursos en relación con el valor que se determina en el mercado, pero le agrega una dimensión fundamental: la competencia entre actores que poseen una competencia lingüística desigual y que por lo tanto tienen capacidades disímiles para imponer su criterio de apreciación de los discursos. Lejos de la concepción de los economistas que inspiraron a Saussure, la mirada sobre el mercado lingüístico que presenta Bourdieu es profundamente materialista: la rivalidad es, por definición, desigual, ya que la competencia de los agentes-hablantes es disímil.

En resumen, la teorización bourdieusiana se apoya en una crítica marxista de la lingüística formal, tanto en su vertiente estructuralista como en su vertiente generativista. Con respecto a Saussure, Bourdieu extrae y objeta los fundamentos económicos que guían las disquisiciones del lingüista suizo para volver a pensarlos desde una posición materialista. Así, la concepción idealista del mercado lingüístico como espacio en el que se produce un intercambio perfecto y de la lengua como “tesoro colectivo” da lugar a una visión crítica en la que 1) el mercado lingüístico opera como lugar de disputa entre agentes que poseen cantidades disímiles de capital

lingüístico y 2) la lengua es, en realidad, la *lengua oficial* correspondiente a una autoridad política que ejerce su poder en un determinado territorio. En lo que respecta a Chomsky, Bourdieu vuelve a pensar la noción de competencia lingüística a partir de las condiciones económicas y sociales que la hacen posible; desde su punto de vista, la competencia lingüística es, en realidad, la competencia *de la lengua legítima*. Como podemos ver, la teoría del sociólogo francés constituye una crítica sólida a los fundamentos de la ciencia lingüística y se inscribe de manera productiva en los proyectos de una sociolingüística marxista.

4. Reflexiones finales

Hasta aquí, hemos recorrido sintéticamente los puntos salientes de una vertiente de pensamiento marxista que abordó el problema del lenguaje a partir del establecimiento de una relación sistemática con la producción económica. Paradójicamente, el punto de partida de esta corriente es la teoría de un lingüista que de ninguna manera puede ser tildado de marxista: Ferdinand de Saussure. En un gesto homólogo al de Marx con la economía política burguesa, tanto Rossi-Landi como Bourdieu (aunque más radicalmente el segundo) emprendieron una crítica de la lingüística “burguesa”, que estaba apoyada -en el caso de Saussure- en la teoría de los economistas de la escuela de Lausanne (sobre todo en los planteos de Walras y Pareto). Sin embargo, las diferencias entre ambos autores son nítidas. Mientras que el proyecto teórico de Rossi-Landi tuvo como punto de partida la restitución de la categoría de trabajo (humano lingüístico), el de Bourdieu pivoteó alrededor de una concepción materialista del mercado (lingüístico). Basta revisar los planteos de ambos autores para observar que el del semiólogo italiano se ajusta paso a paso a la teorización desplegada por Marx en *El Capital*, mientras que el de Bourdieu se apoya más libremente en ella, al punto de que la relación entre lenguaje y producción económica establecida allí no es del orden de la homología (como en el caso de Rossi-Landi) sino más bien del campo de la metáfora o a lo sumo de la analogía. Los recursos retóricos son distintos, pero en ambos casos se muestran extremadamente productivos para “iluminar” las prácticas lingüísticas en toda su complejidad. Otro aspecto crucial en el que difieren ambas teorizaciones es el lugar que le asignan a la dimensión política: ausente en Rossi-Landi, ocupa un lugar central en Bourdieu, ya que el sociólogo francés deja en claro desde el inicio de su planteo que la unificación política a la que da lugar la construcción de un Estado y

la consolidación de un mercado lingüístico unificado (en el que cumple un rol relevante el sistema escolar) son procesos que van por carriles paralelos y simultáneos. Si bien no es tan preciso en lo que refiere a la descripción económica, el planteo de Bourdieu incorpora una dimensión que enriquece el análisis, ofreciendo los fundamentos básicos de una sociolingüística marxista a la cual habrían contribuido, como precursores, Nikolai Marr y Antonio Gramsci (2013) y en la cual desarrollaron sus trabajos, por ejemplo, J-B. Marcellesi y B. Gardin (1979).

Referencias Bibliográficas

Bourdieu, Pierre (2008) [1982], “Economía de los intercambios lingüísticos”, en: *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid: Akal.

Calvet, Louis-Jean (2005 [1974]), *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de glotofagia*, Buenos Aires: FCE.

Delupi, Baal (2021), “Por una semiótica materialista. Las teorías fundantes de Volóshinov y Pecheux”, en: *Refracción*, n° 3, pp. 17-33.

Gadet, Françoise y Michel Pêcheux (1984 [1981]), *La lengua de nunca acabar*, México: FCE.

Gramsci, Antonio (2013), *Escritos sobre el lenguaje*, traducción, estudio preliminar y comentarios de Diego Bentivegna, Buenos Aires: UNTreF.

Marcellesi, Jean Baptiste y Bernard Gardin (1979 [1974]), *Introducción a la sociolingüística. La lingüística social*, Madrid: Gredos.

Martínez, Ana Teresa (2007), *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica*, Buenos Aires: Manantial.

Marx, Karl y Federico Engels (1974 [1845]), *La ideología alemana*, Madrid: Pueblos Unidos/Grijalbo.

Pêcheux, Michel (2016) [1975], *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.

Rossi-Landi, Ferruccio (1970 [1968]), “El lenguaje como trabajo y como mercado”, en: *El lenguaje como trabajo y como mercado*, Caracas: Monte Ávila.

Voloshinov, Valentín (2009 [1929]), *Marxismo y filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Ediciones Godot.

¹ Ferruccio Rossi-Landi nació en Milán en 1921 y falleció en Trieste en 1985. Estudió en las universidades de Milán y Pavía. Se dedicó a las obras de Charles Morris, Gilbert Ryle y Ludwig Wittgenstein, de quien propuso hacer un “uso marxista”. Para más datos biográficos, ver: <https://cuadernosdeldiscurso.jimdofree.com/rossi-landi/>.

² Delupi (2021) se detiene en una serie de fragmentos del corpus marxiano que dan cuenta de que Marx entendía a las mercancías como signos y al dinero como símbolo, en lo que sería una faceta “criptosemiótica” del filósofo alemán. Esta faceta, sin embargo, no fue explícitamente recuperada en las reflexiones posteriores que trazaron una analogía entre práctica lingüística y producción económica, a excepción del filósofo italiano Augusto Ponzio (1942-...).

³ Para Marcellesi y Gardin (1979 [1974]), la teoría del valor en Saussure se basa en la de los economistas de la escuela de Lausanne y, en particular, en las tesis de Walras y Pareto, que elaboraron una teoría del valor en sincronía llamada “teoría del equilibrio general”, según la cual todos los valores económicos se determinan mutuamente. Estos autores se pronuncian a favor de una crítica marxista de la lingüística, tal como Marx había emprendido una crítica de la economía política burguesa y declaran que Rossi-Landi tiene el mérito de haber iniciado el camino. Gadet y Pêcheux (1984 [1981]), por su parte, le otorgan centralidad al concepto de valor en la teoría saussureana pero se apartan de la propuesta de Rossi-Landi y Marcellesi y Gardin.

⁴ Pierre Bourdieu nació en Denguin en 1930 y murió en París en 2002. Para un análisis de su obra, recomendamos el excelente libro de Ana Teresa Martínez *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica*, Manantial, 2007.

⁵ Para un análisis detallado de la política lingüística de la Revolución Francesa, puede consultarse el libro de Louis-Jean Calvet *Lingüística y colonialismo*, FCE, 2005 [1974].